

caso ocurrido en el barco en que iba el P. Olcina, que es quien lo refiere. «Estábamos,» dice, «una noche tranquilamente durmiendo todos los jesuitas de mi barco, cuando uno de ellos, soñando que le corrían por la cama los ratones, se asusta, grita, y empieza á dar golpes sobre su cama y sobre la de su vecino. Los golpes y gritos descompasados que daba, despiertan á los que dormían cerca: piensan que los marineros les van á degollar, y comienzan tambien á dar gritos desaforados y golpes al aire, por estar casi del todo á oscuras, para defenderse y salvar, si era posible, la vida, aunque saliesen con un par de cuchilladas por barba. Yo casi fui el único, que me libré de este mortal susto; porque dormido profundamente, como otro Jonás, no desperté hasta estar concluída la baraúnda de gritos y de golpes.»

«Pero muy cerca de mí dormía el Padre Blanes<sup>4</sup>, á quien despertó la algarazara y estruendo: y ofreciéndosele vivamente, y dándole por cierto, que nos habían apresado los moros, y que con sable en mano nos pasaban á todos á cuchillo, echó mano de su Crucifijo, se arrodilló sobre su cama, hizo su fervoroso acto de contrición, y esperando el golpe de la cimitarra de algun perro moro, se halló con el consuelo de saber que no había tales carneros, y que de toda aquella sarracina que se movió en un instante, fue la única causa un Hermano coadjutor poco despierto y un raton enteramente soñado.» Hasta aquí el P. Olcina.

No le costó poco al P. Pignatelli calmar los ánimos de sus compañeros los cuatro días que duró esta travesía; pero mayor tuvo que ser su tino y su prudencia para disponer á ellos y á los de las otras naves respecto del lugar á donde se les destinaba, segun le había comunicado en secreto Barceló.

Era el lugar la isla de Córcega: á la sazón afligía aquel país el azote de la guerra; y era imposible, humanamente hablando, hallar en él la quietud y sosiego de que tenían necesidad los desterrados. Pascual Páoli, había sido proclamado por sus com-

<sup>4</sup> Fue el P. Juan Blanes alcoyano. Nació en 5 de Junio de 1737: entró en la Compañía el 7 de Mayo de 1759: murió en Febrero de 1810.

patriotas, los corsos, señor de la isla en 1755, con el objeto de continuar la obra de su padre, Jacinto, de devolver á Córcega su autonomía y sacudir el yugo de Génova, que desde 1481 dominaba en aquella isla. Llegó Páoli á hacerse dueño de todo el territorio, á excepcion de las costas, cuyos pueblos tenían bien defendidos los genoveses; y reorganizó la justicia, perfeccionó los sistemas monetario y de pesas y medidas, sin dejar olvidada la agricultura y el comercio.

Los genoveses, perdida la esperanza de sobrellevar por más tiempo el peso de la guerra, ó convencidos de que no les era posible quebrantar la obstinación de un pueblo aguerrido que peleaba por su independencia, pidieron auxilio á Francia. Esta envió á los puertos que estaban aún dominados por Génova, buen número de tropas capitaneadas por el conde de Marbeuf; quien, poniendo su cuartel general en Bastia, puerto situado en la costa oriental de la isla, comenzó á portarse como aliado de los genoveses, y poco á poco se levantó con el mando de aquellos pueblos.

Este era el punto señalado á Barceló por el embajador de España en Roma para desembarcar á los desterrados, con consentimiento de Génova, y aguardar allí la resolución de Carlos III. Á él llegó la escuadra el 22 de Mayo, cuatro días después de haber dejado las aguas de Civitavechia. Avistóse Barceló con el general francés Marbeuf: dióle parte de las órdenes que se le habían comunicado por Aizpuru y confirmado por Génova; á lo cual se opuso resueltamente el francés, alegando la falta de sitio para tantos hombres en aquella ciudad medio destruída con los pasados desastres; pues las casas, que habían quedado en pie, eran mal seguras y pocas; y tan atestadas estaban de gente, que se había visto en la precision de alojar á la tropa en las iglesias. Todo era así verdad como decia el conde: veíalo Barceló por sus propios ojos. Resolvieron, pues, los dos dar á cada uno de sus respectivos soberanos conocimiento de lo que pasaba.

Y ¿cuál era por entonces la disposición de Madrid y París respecto de la Compañía? Óigase lo que en 4.º de Junio de este

año de 1767 escribía Choiseul á d' Aubeterre, embajador de Francia en Roma: «Ya os he hablado,» dice<sup>1</sup>, «repetidas veces de la secularizacion de los jesuitas, y creo que os demostraré cuán ventajosa sería esta obra á la corte de Roma, que por ella se reconciliaría con Portugal por la mediacion de nuestro rey y del de España; cuán agradable sería á los soberanos, que han expulsado de sus reinos á los jesuitas; y cuán útil á los individuos de la Compañía. Os digo en confianza, que tengo noticias de que el rey de España hará instancias directas al Papa para atraerle á esta total supresion, y que nuestro rey apoyará la instancia de su primo.» ¿Qué interés había de inspirar á los ministros de ambas cortes la suerte de los expatriados jesuitas en los momentos en que precisamente estaban tratando de su total exterminio?

Al embajador de París, conde de Fuentes, preocupaba seriamente la suerte de sus dos hermanos, en especial la del Padre José. Preguntaba por ellos á D. Ramon, el cual en carta del 6 de este mismo mes le respondía desde Zaragoza<sup>2</sup>. «Nuestros hermanos no se sabe todavía dónde paran; pues aseguran los han dejado en Córcega, que no es el mejor clima. Dios les dé salud.» Enterado D. Joaquin del destino de José y Nicolás, hizo cuanto pudo para aliviarlos, como luégo se verá.

Y bien lo necesitaban. Permanecían encerrados dentro de los buques en el reducido puerto de Bastia, que apenas podía contener las diez y siete naves de la escuadra. Tiene dicho puerto su entrada abierta por levante: al soplar este viento, los buques se balanceaban como si estuviesen en alta mar: rompianse á veces las maromas con que se los sujetaba; y algunas muy poco faltó para que no se abriesen las naves á la violencia de los choques de unas con otras. Circuyen el puerto altos montes; lo cual unido á lo riguroso de la estacion, hacía que los rayos

<sup>1</sup> P. CARAYON, *Documents inédits concernant la Comp. de Jésus*, Tomo 13, pág. 409.

<sup>2</sup> Archivo de Fuentes.

del sol abrasasen á los encerrados en las naves, durante el día; y por la noche la falta de ventilacion en los dormitorios, ya caldeados de día, y la aglomeracion de la mucha gente, eran causa de que se sintiese un extraordinario calor, que materialmente los ahogaba, sin dejarles dormir ni descansar. Añádase la falta de aseo en los buques y en los marineros, el multiplicarse las plagas de insectos hasta llegar á hacerse muy incómodos y molestos, y finalmente un ejército de ratones, que en algunas naves se propagaron de una manera asombrosa, llegando á formar sus nidos en los colchones, y de noche hacían sus excursiones paseándose impunemente por el dormitorio, y aun corriendo por encima del rostro de los que estaban deseando descansar en las camas<sup>1</sup>.

Tal era la vivienda de los pobres desterrados en el puerto de Bastia. Sufrían con resignacion tantas molestias; sin embargo muchos fueron los que enfermaron, y algunos de tal gravedad, que ántes de salir de Bastia, ó poco después, murieron. Este fue el vastísimo campo abierto á la ardiente caridad del P. José Pignatelli: el cual no cesaba en todo el día de recorrer las diversas naves, animando con palabras llenas de fuego á todos, consolando á los tristes, infundiendo valor á los tímidos, y curando y sirviendo á los enfermos. Sola su presencia y su semblante jovial y risueño mudaban la faz de los buques. Lo mismo era verle sobre cubierta, que agruparse todos al derredor de aquel hombre singular, que miraban como á ángel deparado por Dios en aquellas tan azarosas circunstancias para avivar la confianza en la Providencia, y esforzar sus ánimos puestos á tan

<sup>1</sup> P. LARRAZ, *Comentario*, Lib. I, Cap. 31. El P. Blas Larraz nació en Zaragoza en 3 de Febrero de 1721; entró en la Compañía el 19 de Junio de 1735, y murió en Ferrara en 2 de Setiembre de 1796. Fue el último Provincial de la antigua Provincia de Aragon, cuyo cargo desempeñó desde Diciembre de 1771 hasta el día 28 de Agosto, en que se intimó á la Provincia el Breve de supresion. Escribió en elegante latin la historia del extrañamiento de su Provincia desde el destierro de España hasta la abolicion de la Compañía, dividiendo su opúsculo en tres libros ó comentarios, que se conservan manuscritos.

dura prueba. Y no se limitaba la caridad del P. José á prodigar solamente consuelos al espíritu, sino que se interesó vivamente, y no sin fruto, por el bien corporal de sus hermanos y por el alivio de sus padecimientos.

Con el prestigio que tenía sobre el almirante Barceló, recabó de él se mejorase la comida que diariamente se suministraba á los detenidos en las naves; cosa que fue fácil, estando, como estaban, en el puerto; y por lo mismo se podían proveer diariamente de víveres frescos. Obtenido este favor, solicitó otro, que no fue de menor solaz y alivio para los desterrados, aunque le costó más trabajo obtenerlo. El encerramiento continuo en las naves era á los pobres jesuitas tan penoso é insalubre, como hemos dicho. Pidió, pues, el P. José que se les concediese saltar en tierra, respirar los aires del campo, y hacer algun ejercicio corporal, que les conservase las fuerzas ó les restituyese las perdidas.

El almirante español no tenía autoridad para tanto; pues su comision era únicamente de conducirlos y ponerlos en tierra en los Estados del Papa. Consultó no obstante al general Marbeuf; el cual tampoco juzgaba prudente admitir en su cuartel general á tantos extranjeros sin orden de su monarca. El mismo Padre Provincial y sus consultores temían, si saltaban en tierra, contravenir á la disposicion de Carlos III, é incurrir en la pena impuesta á todo religioso de la Compañía, vasallo suyo, de perder el derecho á la pension concedida, desde el momento en que pusiese el pie fuera del territorio pontificio; con lo cual iban á quedar privados del único auxilio humano que tenían para sustentar su vida lejos de la patria.

No desmayó ante tan graves obstáculos la caridad del Padre José. Reiteró sus súplicas con el almirante; y tanto pudieron estas con él, que al fin se rindió. Atrajo á su voluntad la de Marbeuf; y ambos convinieron en otorgar al P. Pignatelli lo que demandaba, tomando sobre sus personas toda la responsabilidad de aquella concesion con sus soberanos respectivos. Á los diez y ocho días, pues, de detencion dentro de las naves, el 9 de Junio

se concedió á todos los Padres y Hermanos facultad para que por las mañanas pudiesen ir á decir ú oír misa á las iglesias de la ciudad, y á la tarde saliesen á dar un paseo por el campo ó por la playa. Esta fue la vez primera que desde que se embarcaron en Tarragona en 29 y 30 de Abril, pisaron tierra firme los jesuitas aragoneses: con cuánto consuelo de sus almas, no es difícil conjeturarlo.

Aumentóseles su dicha, al ver la singular cortesía y agasajo con que los recibieron los habitantes de Bastia y el afecto con que los trataron: en lanchas iban los bastienses recorriendo una por una todas las naves, y saludaban con grande afecto á unos religiosos, á quienes nunca habían tratado ni conocido; mostrábanles la pena que su desdicha les causaba, y celebraban y admiraban mucho la alegría y constancia de los Padres en medio de las penalidades de tan molesta navegacion. Lo mismo practicaban con ellos cuando los veían en tierra.

Había en la ciudad colegio de la Compañía; y es increíble el gozo de sus moradores al poder estrechar entre sus brazos á sus hermanos de España, que tales pruebas daban de su amor á la vocacion y de su ánimo y esfuerzo en tantas adversidades. Ya desde la llegada de los buques los habían visitado y socorrido con lo que su pobreza alcanzaba; mas ahora, al verlos en su propio domicilio, eran mayores las muestras de caridad y benevolencia. Dos enfermos de gravedad había entre los desterrados: los Padres Marco Antonio Carbonell y Miguel Bosch, ambos pertenecientes á la casa profesa de Valencia<sup>1</sup>. Trasláronlos á la ciudad, y fallecieron á los pocos días en este mismo mes de Junio, y fueron enterrados en la iglesia de la Compañía. Otros tres tambien enfermos graves murieron poco después, como se dirá.

<sup>1</sup> El P. Carbonell fue natural de Alcántara (Valencia). Nació en Noviembre de 1698: entró en la Compañía el 3 de Julio de 1714. El P. Bosch fue alicantino: nació en Junio de 1714: entró en la Compañía en 12 de Octubre de 1729.

En un diario de esta navegacion, escrito por un marino ó marinero del convoy de Su Majestad y que carece de nombre de autor, leo algunas noticias que no dejan de tener cierto interés. Por lo que toca á la navegacion, dice: «El día 22 [de Mayo] dimos fondo en la Bastia..... *Día 26:* se presentó delante de este puerto la esquadra de D. Francisco de Vera, que conducía los Padres de la Compañía de la Provincia de Toledo en 10 barcas y 2 fragatas del Rey. No entraron en este puerto por no caber, y fondearon en San Fiorenzo. *Día 19 de Junio:* se presentó delante de este puerto la esquadra con el convoy de los Padres de Andalucía y Granada. *Día 20 de Junio:* apareció la esquadra de Galicia con el convoy de dicho reino, Vizcaya y Castilla la vieja. Con esta vino el P. Calatayud: nos dieron noticia de haber muerto 5 Padres. Estas dos esquadras dieron fondo en San Fiorenzo. *Día 22 de Junio:* nos dieron noticia de moros. Salimos: y volvimos á dar fondo sin novedad el 23.»

Y pasando de las noticias marítimas á otras de orden muy diverso, añado con infantil sencillez el bueno del marino: «Este día, víspera de San Juan, la guarnicion francesa de esta plaza tuvo junta de francmassones en su lonja, que era ántes palacio del Obispo, y tuvieron asamblea, en que entró el General francés, Intendente y diferentes oficiales. Por la noche hubo en dicha lonja concierto de música, juegos, y muchas bebidas, durando la fiesta hasta el día de San Juan. Este género de gentes parece que tienen á San Juan por su protector. Lo cierto es que hay poca religion entre esta tropa, pues públicamente tienen estas juntas; aunque dicen que no se oponen á las leyes del reino: sí solo se reducen á un género de socorrerse unos á otros sus necesidades por donde transiten; que por ciertas señas se conocen y se dan para hacer su fortuna por ciertos depósitos ó tesorerías que se mantienen por cuenta de los Hermanos Francmasones.» Hasta aquí el cándido marino.

Las noticias que nos da de la publicidad de las juntas masonicas, no dejarían de llegar á oídos de los Padres desterrados, y de henchirlos de tristeza y congoja, al verse precisados á tener

que vivir sujetos á hombres tan faltos de religion, y lo que es peor, á los cooperadores, y aun promovedores, de toda la persecucion contra la Compañía y contra toda la Iglesia. Con qué inhumanidad los trataron estos apóstoles de la filantropía, se verá en las diversas ocasiones, que á no tardar se les ofrecieron, de vejarlos y desahogar contra estos inocentes su furor masónico, ejercitando su invicta paciencia y heroica constancia.

De la disposicion de ánimo en que estaban los Padres, da testimonio el P. Luengo<sup>1</sup>, por estas palabras: «Tuvimos un gusto y consuelo muy grande por haber venido á visitarnos en nuestras embarcaciones muchos Padres de la Provincia de Aragon, que es la que está en este puerto. Están todos ellos muy animosos, alegres y sin pesadumbre alguna, como si nada pasase por ellos; de lo que nos hemos alegrado mucho, como ellos han tenido tambien gran consuelo en vernos á nosotros con el mismo esfuerzo y alegría..... La misma gente de la ciudad reconoce y confiesa..... que no pueden ser culpables unos hombres que en tal estado se hallan tan serenos, tan tranquilos y tan alegres. Ya se ve,» termina, «que el tiempo que estuvimos juntos, se pasó en contar mutuamente nuestras cosas, los arrestos, las prisiones y los viajes, y los sucesos más particulares que ha habido.»

Uno de los hechos que con mayor interés se comentaba, era el que refiere el citado autor, por las graves reflexiones á que daba lugar. Triste era el porvenir de los pobres expatriados; pero mucho más sensible les era la conducta actual de sus enemigos en España, que con halagos y promesas tentaban la constancia de los que allí quedaron. Dice, pues, el P. Luengo<sup>2</sup>.

«Apenas hay en todas las cuatro Provincias de España un Hermano Coadjutor, de todos los que quedaron allá por razon de las cuentas, á quien no se le haya ofrecido por parte del conde de Aranda, que si quiere dejar la Compañía, se quedará en España y se le dará la administracion ó cuidado de esta hacienda ó de

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 1.º, pág. 589-590. (20 Junio 1767.)

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 1.º, pág. 650.